

LETRAS

Letrillas

LETRONES

CINE

LA ÉPICA MEDIÁTICA

Hugo Chávez viajó especialmente desde Asjabad hasta Venecia para asistir a la presentación de un documental de Oliver Stone. Fue la primera vez, en 66 años, que el presidente de un país asiste al festival de cine. No es un mal dato para alguien que ha hecho de su labor mediática su principal manera de hacer política. El Chávez que camina sobre la alfombra roja, saludando, sonriendo, coqueteando con fotógrafos y reporteros, es quizás uno de los Chávez más coherentes que tenemos. El actor que triunfa en la pasarela del mercado revolucionario mundial.

Un poco antes de su visita, otra de las figuras de la farándula de la izquierda internacional se vio envuelto en un debate interesante. En una rueda de prensa Michael Moore, quien asistió para presentar una película sobre las atrocidades del capitalismo, de pronto se encontró cercado por una veintena de periodistas que le reclamaban el cobro que se les exigía para lograr una entrevista con él. “Hablar con Michael Moore cuesta dos mil euros”, dijo uno de los presentes. Otro reportero aseguró que en alguna oportunidad le habían pedido hasta cinco mil. Se formó una rebelión. Por supuesto que el cineasta se hizo rápidamente el inocente y, más temprano que tarde, se presentó como una víctima

más de los perversos procedimientos del sistema. El capitalismo también es una excusa muy rentable.

El presidente de Venezuela se encontraba en una gira de diez días, un cruce peculiar que incluía países como Libia, Irán y Rusia. Fue en Turkmenistán donde, al parecer, de pronto decidió girar y darse un brinquito para acompañar a Oliver en su peli. Por supuesto que el tema del documental de Stone es Hugo Chávez. Si cualquier otro mandatario hubiera hecho lo mismo de inmediato habría levantado algún chiste, una mueca al menos, sobre este capricho saudita y el costo que representa para un país con tantos problemas como los que tiene Venezuela un viaje de esta naturaleza. Pero otro de los esfuerzos mediáticos de Chávez consiste en presentarse siempre como víctima de sus propios privilegios. Dentro del país, algunos de sus colaboradores y altos miembros de su partido intentaron justificar la ida a Venecia dentro del amplio y combativo territorio de la “guerra asimétrica”. La participación de Chávez en la Mostra sería, de esta manera, un asertivo y valiente acto de resistencia ante la nueva ofensiva en su contra que desarrolla el imperialismo: un masivo ataque a través de Facebook.

En diciembre de 2007 el gobierno venezolano pasó varios días dedicado casi exclusivamente a una fallida pieza audiovisual titulada “Operación Enmanuel”. El espectáculo prometía el rescate, comandado por el presiden-



El show de Chávez y Stone.

te Chávez, de varios secuestrados en poder de las FARC. Entre ellos destacaba Enmanuel, el pequeño hijo de Clara Rojas. Se dispusieron helicópteros y, en una pista especial, cerca de la frontera con Colombia, el mismísimo Chávez, en traje de campaña, revisaba y coordinaba toda la maniobra. Ya mister Stone estaba ahí. Llegó ese mismo día, con su camarógrafo, dispuesto a retratar el momento.

La anécdota delata muy bien el tipo de indagación periodística que se ha propuesto el cineasta. Llegó cuando ya el espectáculo estaba armado. Cuando ya no había lugar para las dudas. Cuando sólo tocaba filmar –de la mejor forma posible– un guión heroico. Ése es el tono con que Stone se acerca a nuestra realidad. Así también, al parecer, es el documental que ha presentado en Venecia. Todo indica que se trata de un tipo de apuesta radicalmente distinta a *JFK*, esa joya dirigida por el propio Stone. Esta vez la versión oficial del poder pretende sustituir todas las preguntas.

Durante mucho tiempo los venezolanos hemos tratado de insistir en la necesidad de observar y ponderar el proceso que vive nuestro país sin tantas simplezas. Una de las claves de la telepolítica es justamente esa: la falta de complejidad. Funciona como las iglesias electrónicas, desarrolla un metabolismo afectivo que no permite un cuerpo ideológico distinto al de las hojas de la margarita: me quiere, no me quiere. Así es la nueva versión melodramática de otra vieja consigna de la voluntad totalitaria: si no estás conmigo, estás contra mí.

El país que vieron en Venecia de seguro se parece muy poco a Venezuela. Pero quizá, por desgracia, sí se parece al país que quiere ver cierta mala conciencia norteamericana y europea. Se hechizan ante un estereotipo puesto al revés. Prefieren la simplicidad de los buenos y los malos a la complejidad de nuestra historia. Porque en el documental de Stone no cabe el testimonio de los periodistas agredidos, ni la versión del alcalde de oposición al que se le ha quitado el presupuesto y las oficinas, ni la opinión de aquellos que denuncian que se está militarizando la sociedad... Mientras Chávez caminaba por la alfombra roja, en Venezuela Julio César Rivas, un joven de 22 años, fue detenido y encarcelado por participar en una protesta pública en contra de la nueva Ley de Educación. El Estado lo acusa de “excitación a la guerra civil”.

La épica de Chávez es mediática. Él también sabe que, a veces, es más rentable hacer ficción que hacer historia. —

—ALBERTO BARRERA TYSZKA

CARTA DEL EDITOR

EL MONÓLOGO DEL AGUACATE

Casi todos los discursos en Estados Unidos empiezan con un chiste. Da lo mismo que sea bueno o malo, es una cuestión ritual, el público se va a reír de todos modos. Es la manera que tiene el orador de tranquilizar a los suyos, de transmi-

tirles que es un buen tipo cargado de buenas vibraciones. Así que me van a permitir que empiece con lo contrario de un chiste, que no es un insulto sino un chiste destripado.

De las varias catedrales del humor televisivo que los británicos han levantado en las últimas décadas quizá mi favorita sea *Blackadder*. En un *sketch* memorable¹, *Blackadder*, en su encarnación isabelina, se reúne con Shakespeare, de cuya obra recién estrenada, un potencial éxito llamado *Hamlet*, es el productor. Tras un intercambio de cortesías llegan al quid de la cuestión: la obra es demasiado larga: “Son cinco horas, Bill. Asientos de madera. Y no hay baños a este lado del Támesis.” Así que el productor propone cortar el soliloquio del primer acto, que empieza “Ser una víctima de todas las penas terrenales, o no ser un cobarde y tomar la mano que la Muerte ofrece”. “La gente lo odia, Bill. Bostezos, Bill.” Cuando el pobre autor exclama que es precisamente su favorito, *Blackadder* le recuerda que dijo lo mismo del monólogo del aguacate en *El rey Lear* y del baile de claqué al final de *Otelo*. (Huelga decir que tras un ejercicio de persuasión extraordinario, el soliloquio finalmente comienza por: “Ser o no ser”, pese a las protestas de Shakespeare de que es totalmente absurdo e incomprensible.)

Resulta reconfortante pensar en el editor como la persona que elimina el monólogo del aguacate de *El rey Lear*. Alguien capaz de guiar al autor, un niño pequeño ignorante de su propio talento y evitar que caiga presa de sus errores. Reconfortante para un editor, claro. La realidad evidentemente es distinta, y en este caso difícilmente averiguable. No sabemos en cuántos casos la tarea del editor ha estropeado el resultado final, porque lo que leemos es el texto “editado”. Es decir, que a lo mejor el monólogo del aguacate se hubiera convertido en el fragmento más admirado de Shakespeare. Quizá por eso mismo despertó tanta expectación como polémica el reciente anuncio de la publicación de los cuentos de Raymond Carver sin la

¹ <http://www.youtube.com/watch?v=I9obpgDCrY>

(sustanciosa) poda a que los sometió el editor Gordon Lish.

Pero el texto en sí es sólo uno de los puntos en que influye un editor. El otro es lo que podríamos llamar el envoltorio en sentido extenso, es decir, la portada, los textos de contra y solapas, los detalles técnicos de la tripa (el papel, el tipo de letra, el cuerpo, la caja), la prensa, la publicidad. El nunca bien loadado idioma inglés distingue así entre el *editor*, que se ocupa de lo primero, y el *publisber*, cuya responsabilidad abarca también lo segundo.

Aquí es donde tocaría elaborar un discurso en torno al Arte frente al Comercio, o el Elitismo frente a la Democracia. Los sacrificados editores vocacionales que buscan dar de comer a los poetas frente a los voraces tiburones de la industria editorial que alimentan las bajas pasiones (lectoras) de las masas, o los elitistas snobs que se creen superiores al resto de los mortales frente a los esforzados editores que buscan satisfacer los intereses de cuantos más lectores mejor. Pero es un debate cansino y falso, tanto los editores como las librerías necesitan libros que vendan mucho para poder seguir ofreciendo libros que venden poco. Hay libros maravillosos con exiguas perspectivas comerciales que venden cifras desorbitadas y libros muy malos con todos los ingredientes para triunfar en las listas de venta que fracasan estrepitosamente. Y caben tantos matices y contrapuntos que lo mejor es quedarse con una idea quizás ingenua y seguro vaga pero hasta que se demuestre lo contrario, válida: el sueño de todo editor es publicar libros excelentes que se vendan mucho. Dejemos la definición de “excelente” para otro rato.

Porque hoy día lo interesante no es tanto la definición como quién define. Un editor al final es un prescriptor que actúa en dos direcciones, hacia el autor, sugiriendo cómo mejorar el texto (y sigue sin importar la definición de “mejorar”) y hacia el lector, proponiendo los libros que hay que leer. Y si hay una figura que ha entrado en crisis en este arranque de siglo (crisis de verdad, no las fugaces del banquero de inversión o el especulador

inmobiliario, que siempre vuelven) es precisamente la del prescriptor. Internet hace que todo el mundo opine y cuestiona la jerarquía de opiniones. Si todo el mundo tiene acceso a una audiencia global desde su dormitorio, ¿por qué unas firmas han de tener más peso que otras? ¿Por qué un bloguero va a ser menos que un columnista del *New York Times*? El periodismo es sin duda el campo donde este fin de la *auctoritas* se manifiesta más claramente, pero no es ni mucho menos el único. Y antes de descartar rápidamente como provocaciones las dos preguntas anteriores, sugiero comprobar una tendencia en internet nueva y surrealista (así me parece desde mi dormitorio): los foros de pacientes donde se discuten tratamientos prescindiendo de doctores. ¿Por qué fiarse de los médicos cuando se pueden contrastar las experiencias de gente que está en tu misma situación? Se trata de un ejemplo palmario de caballos organizando carreras, y de la arraigada desconfianza del estadounidense medio a todo lo que huela a organizado. Pero existe. Luego, si se rechaza a gente con el título de medicina y años de experiencia como prescriptora en algo tan importante como la salud propia, ¿qué esperanza cabe para los editores, cuya formación tiende a ser caprichosa y poco específica y cuyos consejos pueden ser ignorados sin demasiado riesgo? ¿Cómo competir con las puntuaciones de lectores en Amazon? ¿O con las opiniones de “gente de la calle” en cualquier foro de lectores? Es como si los editores, como los médicos, como los periodistas, estuvieran contaminados precisamente por su desempeño profesional, víctimas del “culto del amateur”, la afortunada expresión de Andrew Keen.

Me temo que en este debate sí que voy a entrar (qué menos que defender mi puesto de trabajo). La aparición de la agricultura permitió dejar atrás las sociedades de cazadores-recolectores y cierta especialización de las tareas de

cada individuo. Desde entonces (poco más o menos), para pescar, los pescadores; para apagar fuegos, los bomberos; y para prescribir libros, los editores. Si obviamos la legitimación de origen divino para desempeñar un oficio, me parece que la mejor posible es la que concede la experiencia y la práctica (en el caso de la medicina los diez años de formación también ayudan); en términos weberianos estaríamos hablando de la autoridad legal-racional.

Pero más allá de las procelosas aguas de la sociología, afortunadamente, hay otro factor que refuerza al editor, su papel de filtro. Para que los lectores lleguen a recomendar un libro en Amazon (o en cualquier foro), primero ha de llegar a venderse en Amazon (o allá donde los foreros compran sus libros). Y para eso es necesario una infraestructura y una inversión (al menos para que se venda en una cantidad apreciable). Es de esperar que el dueño de la infraestructura y de la inversión, ya le mueva el amor al arte o el afán de lucro, confiará en alguien de quien se fíe a la hora de decidir por qué obras apostar. Ese alguien es el editor. Obviamente un aspirante a escritor de éxito puede escribir cuatrocientas páginas en Word y colgarlas en internet, pero ese tipo de autoedición, más sencillo y más barato que antes, no parece mucho más prometedor.

Rondando estos últimos párrafos, con un aleteo entre alegre e inquietante, está el espectro del libro electrónico. A estas alturas un Kindle o un Sony Reader, o algunas de sus otras encarnaciones, son relativamente familiares. Para las sufridas espaldas de los lectores de manuscritos han sido providenciales. Y abren posibilidades interesantes: por ejemplo que quien lea *Letras Libres* en un Kindle pueda abrir el hipertexto que aparece en la nota al pie de este artículo y vea el vídeo de *Blackadder*, un acompañamiento interactivo y multimedia. Sin embargo, los chillones titulares en torno al fin del

papel parecen un tanto prematuros. Incluso en Estados Unidos, la cuota de mercado que ha alcanzado el libro electrónico es reducida. Las advertencias solemnes –“Llegará antes o después, pero llegará”– y las comparaciones con el mundo de la música parecen obviar una cuestión fundamental. La industria musical sigue existiendo, está en crisis y ha padecido una transformación radical, pero hay gente que sigue componiendo canciones y tocándolas y otra gente que sigue escuchando esa música. Lo que ha cambiado es el modelo de negocio, o sea, como obtener un beneficio de esas dos premisas. Y la llegada del iPod, del formato mp3 y de la música en internet no ha sido un problema en sí, sino por la facilidad de duplicar y compartir que ha generado, la dificultad de controlar la difusión del producto que se ofrece. Hay quien argumenta que ante la imposibilidad de pagar por la música (por la tardanza de las discográficas a reaccionar a los cambios) los consumidores de música se vieron obligados a piratear. Vale (en realidad no vale, pero aceptemos pulpo como animal de compañía). Pero el caso es que pudieron piratear con total facilidad (e impunidad en la mayoría de los casos). Parece esencial que eso no ocurra en el mundo del libro, es decir, hay que ofrecer cuanto antes versiones electrónicas de los libros (la plataforma que reúne a las principales editoriales españolas anuncia su lanzamiento para enero, con el formato ePub, el más accesible) y hay que garantizar la protección de los derechos de autor. Aun así, inevitablemente, el modelo de negocio cambiará, y sufrirán los librerías, las imprentas, los encuadernadores, los distribuidores y muchos otros. Pero seguirá habiendo libros, lectores, autores y editores, y nuevas profesiones a medida de las nuevas oportunidades. Porque en las inundaciones lo primero que falta es agua potable, y desbordados por el torrente de palabras que nos anega a diario, hace falta gente que evalúe, catalogue y seleccione. Y que se atreva a sugerir algún cambio o eche en falta, por qué no, un monólogo sobre el aguacate. –

– MIGUEL AGUILAR



Un buen editor.

PERIODISMO

CARLOS SENTÍS SE ENCUENTRA CON MOISÉS (SIMMONS) EN PARÍS

Para Manuel Trallero, que me dio la pista

El París de los años treinta era un lugar inmejorable para oír y bailar música cubana. En Montmartre y Montparnasse abundaban los clubes, *boîtes* y cabarets donde tocaban músicos cubanos, hasta tal punto que la rue Fontaine fue rebautizada popularmente como “la calle cubana”. Eran los años en que Josephine Baker se quitaba los zapatos para bailar la rumba, popularizada por Don Azpiazu; Varèse y Milhaud se alimentaban de ritmos tropicales, y Tristan Tzara, según el testimonio de Carpentier, exclamaba después de oír un son: “música sabrosa, música que debería comerse con pan”. Alguien debería hacer la historia de esos músicos cubanos que tocaron en Le Cueva (un antro así llamado en homenaje a su principal animador, el trompetista Julio Cueva), en La Coupoule, el Melody’s Bar, La Rotonde o el Jimmy. Pero el más conocido de todos esos sitios de la rue Fontaine era sin dudas el antiguo Palermo, rebautizado luego de la Primera Guerra como La Cabane Cubaine, y donde a partir de 1928 tocaba todas las noches la orquesta de los hermanos Alcides y Eduardo Castellanos. El que quiera hacerse una idea precisa de la atmósfera de La Cabane Cubaine a mediados de los treinta sólo tiene que mirar una foto de Brassai (fecha *circa* 1933) y superponerle una canción de la Orquesta Típica Castellanos, “Buscando millonarias”, simpática sátira de un *jinetismo* al parecer endémico.

A la Cabaña iban todos los cubanos del mundillo parisino, más los recién llegados y los turistas en tránsito como Sentís, para sentir ese “parfum pénétrant de Nègresse” al que se refiere Leopold L. Senghor en uno de sus poemas sobre el cabaret cubano. Y ése es también el escenario de una cró-

nica del periodista Carlos Sentís, que no resisto la tentación de compartir. Se titula “Otro termómetro de París: la noche”, y fue incluida en *La Europa que he visto morir* (Editora Nacional, Madrid, 1942). Sentís está a punto de cumplir cien años en su apacible retiro barcelonés. Ha sido uno de los grandes cronistas españoles y un nombre ineludible en la historia del periodismo catalán. Cubrió casi todos los momentos importantes de la Segunda Guerra, desde la campaña africana de De Gaulle hasta los juicios de Nuremberg, y se hizo célebre en la posguerra por su estilo de *reporter*, que mucho me recuerda las crónicas *à tout vitesse* de Paul Morand (en el prólogo a *La Europa...*, Eugenio Montes habla de las crónicas de Sentís como “*raids*” de una “época que descubrió un nuevo pecado capital, la velocidad.”) Sentís también encarna esa flexibilidad moral que exhibe la profesión periodística por estos lares. A lo largo de su carrera, ha mostrado una extraña habilidad para colocarse siempre del lado de los ganadores. Fue secretario de Rafael Sánchez-Mazas mientras éste fungía de ministro sin cartera en uno de los primeros gobiernos de Franco; luego militó en UCD, formó parte del gobierno de Tarradellas, los socialistas lo nombraron director de la agencia EFE... Ha recibido todos los premios imaginables que celebran su profesión, y hasta hoy sigue publicando en *La Vanguardia* encendidas defensas del catalanismo. Pero su pasado franquista está al doblar de la esquina, como quien dice, y a cada rato alguien recuerda que a este señor le queda un poco ancha la etiqueta de “aliadófilo”. Todo esto viene al caso porque me han llamado la atención algunas de las ridiculeces racistas—o racistoideas—que escribía Sentís a mediados de los años treinta del siglo pasado, coincidiendo con su célebre reportaje sobre la emigración murciana a Cataluña, *Viatge en el Transmiserià*, que es uno de los libros más racistas que se hayan impreso jamás en España, aunque utilísimo para entender muchos dogmas del viejo—y el nuevo—catalanismo. Con 24 años, llega el periodista catalán a París y lo primero que le llama la atención, a tono con la propaganda alemana

de la época, es la evidente cantidad de negros. Entre todos estos:

[...] quizá sólo una clase de negros aparenta prosperidad. Casi todos cubanos. Son los afortunados de la rumba, baile que hoy por hoy todavía no ha encontrado otro capaz de destronarlo. Todos estos negros cubanos tienen también su cuartel general. Está en Montmartre, en la “Cabane Cubaine”, una “*boîte*” de noche que, por sus dimensiones, es más bien un cabaret [...] La decoración quiere evocar la cabaña del Tío Tom. Por entre una especie de zarzales, que pretende ser una manigua, unos negroides con blusas de gasa y faraloes sacuden incansablemente los saxofones [...] Entre mulatos, cuarterones y, lo mismo músicos que clientes, “*maître*”, camareros, etc., se hace una mezcla efectivamente democrática. A nuestro lado tenía un negro con un cogote que parecía que iba a escaparse del cuello alto de la camisa. Uno, que cree ser muy observador, opina que es un negro acaudalado que viene de vez en cuando de Nueva York, pero de pronto la orquesta ejecuta una cabriola, más “hot” que nunca, y el negro vecino se levanta y empieza aquello de “biri, biri, biri, bob, biri, biri, biri, bob, biri, biri, biri, iiiii!!” Los negros aplauden transidos de entusiasmo y ríen a man-



La Cabane Cubaine por Brassai, *circa* 1933.

díbula batiente, mostrando algunos dientes de oro, pero también algunos colmillos afiladísimos, signo evidente de ascendientes antropófagos.

Detrás de todos los prejuicios de Sentís está la evidencia de que España ya no cuenta para toda esta gente. “Allí no saben nada absolutamente de España, ni siquiera a través de las exageraciones de la prensa de París”. Cubanos y sudamericanos disputan en La Cabaña Cubana sobre otros temas de verdadera importancia, como la superioridad de la rumba sobre el tango, o viceversa.

De pronto, Sentís, arrinconado, asiste a un derroche de cordialidad y respeto entre los camareros y asistentes. Al local ha llegado don Moisés Simmons, autor de “El manisero” y “Marta, capullito de rosa”. A codazos se abre paso para conseguir su exclusiva. Una cantante llamada Remedios, “la Diamanta”, se sienta en la mesa junto al periodista para pedirle a don Moisés que le haga una nueva rumbita, porque la última, en Holanda, tuvo un *succès* enorme.

“Moisés Simón [sic] tiene la expresión un poco altiva del verdadero creador y del hombre de mundo que está de vuelta”. Esa noche ha llegado melancólico, quejándose de que él ha sido quien ha metido la rumba en el mundo, pero no la ha cobrado como debía. “El manisero” le ha dado para vivir bien, pero sus apoderados norteamericanos le roban. Sentís lo ve como una especie de divinidad o un alto consejero “para todo este mundo de negros cubanos”, una especie de líder espiritual, un Bellini del trópico. Sobre las rondas de Simmons por París hay bastante escrito, e incluso una historia convertida en fábula melodramática, firmada por Oscar Hijuelos quien, sabe Dios por qué, decidió presentar como ficción la vida de uno de los más grandes músicos que ha dado Cuba.

Mucho dará que hablar Simmons en París —y en España, donde Antonio Machín consagró una de las mejores versiones de “El manisero” en la televisión franquista. Pero este día de 1935, el periodista catalán no quiere saber de música, sino de razas, y sobre todo de

una Raza Culpable de todos los males, incluido el cabaret:

Quien caciquea por aquí y organiza combates de boxeo, y lleva y trae a todos estos pobres entrenadores de ojos hinchados a puñetazos, es el dueño de la “Cabane Cubaine”. Tiene la afabilidad característica de los que tienen unas gotas de sangre semítica en las venas. Sus cabellos alambicados y un poco de lechuga acaban de demostrar que uno de sus dos ascendientes no era tan vasco “pura sangre” como el otro. —

— ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO

CIENCIA

EL GTC, NUEVA VENTANA AL COSMOS

El Gran Telescopio de Canarias (GTC), inaugurado en fecha reciente en el observatorio de Roque de los Muchachos de La Palma, ha puesto a España en la vanguardia de la astrofísica mundial. Y, junto con ella, a los investigadores mexicanos y norteamericanos de las instituciones asociadas (la UNAM, el Instituto Nacional de Astrofísica, Óptica y Electrónica y la Universidad de Florida) que se han visto beneficiados por contar con un instrumento tan versátil y poderoso. “Es una buena forma de culminar un esfuerzo que empezó hace cuarenta años a tiro de mulas”, me dice Paco, el doctor Francisco Sánchez, artífice de este conglomerado de telescopios de Europa del Norte dispuestos a abrirnos ventanas más allá de nuestras narices y que se localizan, los más antiguos, en Tenerife, y los más modernos, en La Palma.

La cúpula gris plata del GTC vista un poco más arriba en la montaña, pues no está ubicado en la cima misma, a 2.426 metros sobre el nivel del mar, da a uno la sensación de estar en otro mundo; de hecho, nos enfrenta a un paisaje sideral en que el gigantesco telescopio aparece como una minúscula gota de acero y silicio que

podría zambullirse en el mar de nubes y seguir flotando, recibiendo la luz en sus diferentes versiones radiantes para ofrecernos un nuevo inventario del cosmos.

“Durante los años de 1960 prácticamente no existía la astrofísica en España. Hoy contamos con una comunidad de unos quinientos astrónomos haciendo ciencia de frontera”, asegura Pedro Álvarez, director general del GTC y uno de los astrónomos pioneros que creyeron en las ideas de Paco. Al tener esa comunidad pujante y compromisos internacionales firmados, la presión sobre el gobierno es una consecuencia natural. Si tienes un artefacto que es la madre del cordero, necesitas gente para ordeñarla. Según Pedro, el gobierno ha entendido perfectamente que el beneficio para el país es enorme y está abriendo plazas en busca de ingenieros y tecnólogos, así como de jóvenes astrofísicos que ocupen el nuevo telescopio.

El GTC es una verdadera hazaña intelectual y tecnológica porque contiene el espejo segmentado más grande del mundo (diez metros), porque su óptica adaptativa es sumamente fina y se le pueden intercambiar diversos detectores. Y también, puntualiza Pedro, porque ha dejado una enorme experiencia y nuevas formas de hacer en personas y empresas participantes. “Por ejemplo —enfatisa Pedro—, un ingeniero mecánico acostumbrado a un estándar de calidad alto pero cuyo trabajo ya no le exigía mayor precisión, digamos, de llegar a los nanómetros, al ser contratado por nosotros tuvo que arreglárselas y quebrarse la cabeza para fabricar piezas originales que antes nadie le había pedido. Tuvo que llevar sus conocimientos al límite.”

De eso se trata, de ir al extremo. Paco me lo aseguró al mostrarme el grupo de telescopios de Tenerife. Aquí en La Palma se respira el mismo espíritu. “Otros ejemplos —continúa Pedro— fueron las empresas que construyeron los actuadores que ponen en acción el espejo primario y los que fabricaron los espejos secundarios. Tal vez no ganaron dinero con nosotros pero sí una enorme capacidad y experiencia tecnológica, de manera que cuando una de dichas



El Gran Telescopio de Canarias.

empresas concursó por un proyecto en Gran Bretaña lo ganó sin problemas. Y entonces recuperó la inversión, pues los que decidían sabían que estaban contratando a la madre del cordero.”

Tanto Paco como Pedro me hablan de la colaboración con México, que data de hace cuarenta años, y de que con la próxima puesta en marcha del Gran Telescopio Milimétrico (GTM) en la Sierra Negra del estado de Puebla, se tendrá una enorme vista panorámica del universo lejano. Los distintos rangos que abarca cada telescopio harán que se puedan abordar objetos que antes no se podía detectar desde la Tierra. Así, ambos instrumentos se complementarán para traernos noticias de la formación de galaxias muy remotas y de los procesos físicos que experimentan objetos muy débiles en la emisión de radiación infrarroja apenas observable.

Uno de los detectores es EMIR, un espectrógrafo que capta radiación infrarroja próxima, aunque tiene diversos modos de observación. Puede ver también varios objetos a la vez, en particular galaxias que se están desplazando en el rojo alto, es decir, alejándose unas de otras a gran velocidad. El propósito de EMIR será observar el proceso de formación estelar en galaxias a lo largo de la vida del Universo, cuáles fue-

ron los mecanismos que dispararon la formación de estrellas dentro de esas galaxias, y por tanto cómo marcaron su evolución.

Otro detector es OSIRIS, una cámara y espectrógrafo en el rango visible que nos ofrecerá una especie de tomografía del Universo en diferentes edades y velocidades de expansión. Por su parte, Canaricam es una cámara en el rango del infrarrojo térmico, ideal para estudiar la formación estelar y de discos protoplanetarios alrededor de estrellas, así como núcleos de emisión en galaxias distantes. Frida, que estará listo en 2011, es un detector que se construye en colaboración con México y también abrirá una nueva ventana al estudio de la distribución de objetos en galaxias lejanas.

Se comprende que un instrumento de esta clase no puede ser prestado a la ligera. Los telescopios medianos como el Herschel y el Galileo sirven para calibrar lo que uno quiere ver, pues la cartografía de ese cielo que se verá con el GTC no existe. ¿Cómo te ubicas en un cielo nuevo? Eso lo preparas antes, pues todo será inédito. La presión será tal que de cada cien que quieran observar a través de él, sólo veinte lo conseguirán. “Así que al GTC tienes que ir a tiro hecho”, dice Pedro. —

— CARLOS CHIMAL

SALTAPATRÁS TEOTIHUACANIA

La zona arqueológica de Teotihuacan fue fundada aproximadamente en el año 127 antes de nuestra era. Su nombre viene de *teoti* (“sala de partos”) y *huacan* (“dioses”), es decir que de ahí es de donde salieron los dioses del pueblo que vivía ahí, sea este el totonaca, el otomí o el nahua, si bien no se descarta que también hayan podido ser los egipcios, los atlantidenses o, de plano, los itís.

La así llamada “Pirámide del Sol”, gloria de Teotihuacan, se terminó de construir aproximadamente en octubre del año 94 de nuestra era. Hoy en día la pirámide se encuentra al final de la románticamente llamada “Avenida de los Muertos”, desde donde es observable a simple vista. Su perímetro mide exactamente la distancia a la estrella de Orión multiplicado por 6,002214054 millones de kilómetros.

Hubo un momento, en el año aproximadamente 253 de nuestra era, en el que la ciudad contaba exactamente con entre 100.000 y 250.000 habitantes, incluyendo mujeres y niños, pertenecientes a siete diferentes grupos étnicos, incluyendo mayas, vikingos y, desde luego, itís.

Aproximadamente en marzo de 702, Teotihuacan fue arrasada por una insurrección popular que tuvo como objeto terminar con la desigualdad socioeconómica representada por líderes sindicales, sacerdotes y aristócratas dados al hastío, el consumismo, el mal gusto y la ignorancia. Los edificios fueron quemados, las estatuas destrozadas, las pinturas escupidas y los objetos de arte subastados.

En el siglo XIV de nuestra era los aztecas fueron a ver las ruinas de cerca y de lejos. Concluyeron que ahí era donde había nacido el Quinto Sol, inauguraron un circuito vial, pusieron el primer graffiti, comieron sopes y se regresaron a su casa.

En el año de 1542 fueron a verlas los conquistadores. Se dieron cuenta de que esas ruinas eran a tal grado “cosa de maravilla” que les dieron ganas de

crear sus propias ruinas en Tenochtitlan, proyecto que lamentablemente fracasó, pues por no saberse detener a tiempo echaron a perder la materia prima, la cual acabaron enterrando.

En el año 1675 el matemático de la UNAM Dr. Carlos de Sigüenza y Góngora intentó perforar la Pirámide del Sol para ver qué había adentro, pero el hoyito que hizo “halló resistencia” (como dice Boturini)¹ y tuvo que detenerse a los 64 centímetros. Sin embargo, le bastó para declarar que las pirámides eran demostración científica de que los egipcios y los cristianos habían puesto su franquicia mesoamericana.

Tiempo después, en 1803, Alexander von Humboldt opinó que las pirámides eran, de hecho, cerros forrados a los que les habían puesto escaleras.

En 1905 el Inspector General y Conservador de los Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana, Leopoldo Batres, convenció a Porfirio Díaz de restaurar las ruinas. Don Porfirio mandó poner un tren para ir a verlas y ordenó a Batres apurarse para reinaugarlas en el centenario de la independencia. Batres descubrió que en las esquinas de la pirámide había cadáveres de niños sacrificados geométricamente, y también una gran capa de mica que cubría la pirámide y que, lamentablemente, desapareció. El propósito de esta mica era que la pirámide fuera una descomunal



Humboldt ¿en Teotihuacan?

¹ Citado por Eduardo Matos en “La arqueología de Teotihuacan”, *Arqueología Mexicana* (64, diciembre de 2003), en <http://www.arqueomex.com/S9N5n2Esp28.html>

antena radiotransmisora. Como esa mica no existe en Mesoamérica, se piensa que fue importada de Brasil por los moradores de la Atlántida, que en paz descansen. Todavía hoy existe una cueva cerca de la pirámide donde hay una bodega de mica prehispánica, que se utiliza para envolver las credenciales de los vendedores de pieza arqueológica falsa.

Batres puso tal ahínco en salvar las ruinas que usó dinamita y logró disminuir la altura de la Pirámide del Sol ocho metros, alteró su inclinación en siete grados y le agregó elementos arquitectónicos de su invención, incluyendo la escalera para que don Porfirio subiera a ver la vista.

Unos arqueólogos envidiosos como Manuel Gamio denunciaron las atrocidades que estaba haciendo Batres. Gamio organizó una marcha y bloqueó la avenida de los Muertos apoyado por el sindicato, pero ya era demasiado tarde y las ruinas quedaron inservibles. Poco después, Batres huyó a París, donde puso un próspero negocio de venta de mica.

A pesar de que, como dice el arqueólogo Eduardo Matos, la Pirámide del Sol “fue deformada en su totalidad”,² Batres pasó a la historia de la arqueología mundial como el inventor de la teoría de que la dinamita restaura ruinas.

En el año de 1990 una secta *bippie* de origen misterioso postuló que si se sube a las pirámides el 21 de marzo (equinoccio de la primavera) con ropa blanca y se alza las manos, uno se convierte en celda fotovoltaica y se carga de energía. En 1995 la UNESCO declaró esto “Mito Urbano Patrimonio de la Humanidad”. El 21 de marzo de 2007 ya hubo medio millón de celdas fotovoltaicas paradas en la pirámide. El día 22 la pirámide medía dos metros menos.

Hoy, en vísperas de un nuevo centenario, las pirámides de Teotihuacan vuelven a ser motivo de disputa política y cultural. Tenemos que cuidarlas. En tanto que son espejo de nuestra identidad profunda, no debemos permitir que se detenga la destrucción en la que tanto nos hemos esmerado.

— GUILLERMO SHERIDAN

² “Entrevista con Eduardo Matos”, *Arqueología Mexicana*, abril-mayo de 1993, p. 31.

TEATRO

BLAISE PASCAL, TALIBÁN

¿Qué ha hecho Pascal para merecer esto?!, exclama una llevándose las manos a la cabeza cuando sale de ver a Josep María Flotats y Albert Triola en *El encuentro de Descartes con Pascal joven*. El escritor de *Las Provinciales*, delicioso, acalorado y divertidísimo panfleto contra los jesuitas; el inmortal autor de esa gran obra inacabada, póstuma, inconexa, impregnada de angustia existencial, que es *Pensamientos*... ¿Por qué perverso proceso de jibarización se ha convertido en ese pobre infeliz, fanático de tres al cuarto, talibán católico de estar por casa, que se desgañita en el escenario del madrileño teatro Infanta Isabel? Pero vamos por partes.

Según nos cuenta el programa de mano, los dos mayores filósofos de la Francia de su tiempo, Blaise Pascal y René Descartes, se vieron una sola vez, el 24 de septiembre de 1647, en el convento de los Mínimos, en París. Descartes tenía entonces 51 años; Pascal, 24. Nadie sabe de qué hablaron: ninguno de los dos dejó nada escrito sobre su encuentro, que duró varias horas. Un dramaturgo francés contemporáneo, Jean-Claude Brisville, ha imaginado la conversación entre ambos genios. Lo ha hecho tres siglos largos después, en 1985. Ahí es donde aprieta el zapato. Y es que la novela, o, en este caso, el teatro, histórico, es un campo minado del que hace falta mucha habilidad para salir indemne. No me refiero a los anacronismos materiales: ese péndulo que ominosamente da la hora fatal en el *Julio César* de Shakespeare unos mil trescientos años antes de ser inventado; esos catalanes que en tal o cual culebrón situado en la Edad Media comen pan con tomate cuando aún no se había descubierto América... No, hablo de los anacronismos mentales, los que se producen cuando unas traductoras de *Las mil y una noches* hablan de “detectives” —en el Bagdad de Harun al-Raschid— o escriben que el califa estaba “al borde de un ataque de nervios”; o cuando una



Descartes y el fanático Pascal.

pintora barroca piensa y siente como la protagonista de un libro de autoayuda; o cuando un grupo de jesuitas del siglo XVIII, al anunciárseles su expulsión de España, se quedan en silencio porque estaban, escribe el novelista, “valorando sus opciones”, como unos inversores tras descubrir que han sido estafados por Madoff...

Y sin embargo, *El encuentro de Descartes con Pascal joven* pintaba bien. En un escenario austero —una mesa, dos sillas, una vela, un vaso de agua...— y sabiamente iluminado, que recuerda, como ha dicho un crítico, un cuadro de La Tour, asistimos, durante una hora y media, al diálogo entre dos personajes. Es éste un formato muy propio del teatro francés de estas últimas décadas (piénsese por ejemplo en Eric-Emmanuel Schmitt) y que Flotats domina. Algunos recordamos todavía el espléndido texto de Nathalie Sarraute *Per un sí o per un no*, que Flotats montó en Barcelona con Juanjo Puigcorbó. Corría el año 1986, y Flotats, que llegaba de París aureolado por el prestigio de la Comédie Française, era una estrella ascendente; unos años después (1995) sería nombrado director del recién creado Teatre Nacional de Catalunya, un proyecto-faro de la era pujolista. Pero como suele pasar, el idilio entre el artista y los políticos duró poco, y en 1997 Flotats desembarcaba en Madrid, donde, por cierto, no le ha ido nada mal. Su montaje e interpretación de *Arte*, de Yasmina Reza, una obra parecida a la de Sarraute, sólo que con tres personajes (Josep Maria Pou y el siempre

brillante Carlos Hipólito completaban el trío) resultó un taquillazo. Por cierto, yo la volví a ver hace no mucho, también en Madrid, pero ahora en un teatro más “de bulevar”, con otro director y actores de cuyo nombre prefiero no acordarme: si ya el texto original era, para mi gusto, tan *resultón* como superficial, en manos de esos cómicos se había convertido en una especie de manicomio de gritones... Pero volvamos a Flotats, al que las obras “de cámara” le dan buen resultado: en 2004 hizo con Carmelo Gómez otra del mismo estilo, *La cena*, que narra el contenido (imaginario) del encuentro (real) entre Fouché y Talleyrand. Habrán reconocido ustedes la mano de Brisville: en efecto, la fórmula es la misma, con pocos años de intervalo (*La cena* es de 1989), que la del *Encuentro de Descartes con Pascal joven*.

Que en *El Encuentro Pascal-Triola* aparezca como un energúmeno vociferante, un fanático que parece haber dejado sólo por un momento en el guardarropa el turbante y el kalashnikov, es, naturalmente, *ad maiorem gloriam Flotatis*-Descartes. Porque el Descartes imaginado por Brisville e interpretado por Flotats tiene lo que en francés se llama *le beau rôle*: el texto entero está concebido para permitir su lucimiento. ¿Y quién es ese Descartes concebido como un espejo de virtudes? Un hombre bonachón, amablemente escéptico (por momentos recuerda a Pla), que disfruta de su buena salud y sus diez horas de sueño, y es partidario de la medida en todo. Los teólogos preocupados por el misterio de la Santísima Trinidad le dan risa, pero de ahí a proclamar que la religión es puro invento hay un paso que se guardará muy mucho de dar. Está convencido de que la tierra gira alrededor del sol, pero de ahí a poner en duda la autoridad de la Santa Madre Iglesia hay otro paso que tampoco franqueará. Es cierto que en la Francia del siglo XVII, un personaje ilustre como él no habría podido hacer en público —o sólo con riesgo de su libertad y hasta su vida— una proclama de ateísmo. Pero estamos en privado: ante Pascal, Descartes puede desnudarse. Y el Descartes desnudo, auténtico, que ima-

gina Brisville, es un hombre culto, pero acomodaticio, que jamás, por principio, firma manifiestos, que disfraza de relativismo y tolerancia lo que es miedo a enfrentarse con los poderosos, y al que su carrera preocupa bastante más que la coherencia en sus ideas. En suma: un intelectual del siglo XXI. —

— LAURA FREIXAS

BOXEO

LA MUERTE DEL CABALLERO ALEXIS ARGÜELLO (1952-2009)

En *The Sweet Science* dice A.J. Liebling que el artista —y en su opinión el boxeador es, por supuesto, un artista— requiere de una “cuota razonable de sufrimiento” para ejercer su oficio.

¿Qué tan razonablemente sufrió Alexis Argüello, el hombre que se mató con un tiro en el pecho el pasado primero de julio? No es fácil decirlo: fue una vida de luces y sombras. Nació en Managua. Su familia fue lo bastante pobre como para que se decidiera a vivir de los guantes, pero lo bastante cuerda como para que no quemara su adolescencia en el presidio o las adicciones, a la manera de Tyson o Sonny Liston. Se fogueó durante dos años en el rigor austero del amateurismo, desde los 14 hasta los 16, cuando por fin, según le contó a Peter Heller (*“In this Corner...!” 42 World Champions Tell Their Stories*), ganó sus primeros siete dólares. Perdió su casa en el terremoto del 72, aunque pudo construir otra porque a esas alturas el boxeo le dejaba algunos córdobas en el bolsillo a fin de mes, algo de lo que no podían presumir muchos compatriotas.

Aún no era millonario, pero parecía destinado a serlo. En 1970 apareció por Managua un tal Rubén Púas Olivares. Argüello se empeñó en fungir como *sparring* del mexicano y consiguió cimbrarlo en el primer round con un fuerte



El caballero Argüello.

derechazo, a cambio de la subsecuente, inevitable golpiza. A esa pelea siguieron varias otras, ya oficiales, que concluyeron con el campeonato nacional. Luego empezaron a llegarle los rivales de otros países, incluidos quince mexicanos, todos salvo uno derrotados por ese joven espigado y fibroso que pegaba como patada de burro. Por fin, tumbó al canadiense Art Hafey, que le cedió el camino para perder la pelea por el campeonato mundial contra Ernesto Marcel, en febrero del 74. Y entonces, como en una película con mal guión, se cerró un ciclo y se abrió otro, como para que no se le olvidara que estaba destinado a una vida de bandazos.

El que se abrió fue un ciclo boxístico, un ciclo feliz. En noviembre se enfrentó de nuevo al *Púas*, esta vez por el campeonato de los pluma. Durante trece rounds, Olivares cabeceó con elasticidad y rapidez, bloqueó rápido y fácil, encimó con astucia a un contrincante que le sacaba doce centímetros. Si se resolvía por decisión, la pelea no dejaba dudas. Pero al *Púas* lo del entrenamiento nunca se le dio bien y las fuerzas empezaron a abandonarlo. Por fin Argüello conectó un derechazo y puso al campeón en la lona. Un segundo golpe, instantes después, le dio el campeonato por nocaut técnico. Se graduaba uno de los grandes boxeadores de la siguiente década, el que ganó 82 peleas de 90 y dominó tres categorías. Un fajador temible al que sin embargo se recordó siempre como a un caballero incapaz de truculencias en el ring o resentimientos fuera de él, como demuestra su amistad con el *Púas*, su víctima, pero también con Aaron Pryor, que lo venció.

Sin embargo, no tardó en abrirse el otro ciclo, el negro, el de la política. Tras el combate, Olivares se le acercó, lo felicitó y le aseguró que lo recordaba, que ya el día del *sparring* supo que estaba frente a un campeón y que si entonces no se lo dijo fue para evitar que se “volviera loco” y se torciera su camino. ¿Le habrá llamado la atención el atuendo de Argüello, a él, no ajeno a las veleidades de la política? El nuevo campeón vestía una bata roja y negra con las siglas del Frente Sandinista. El porqué es un misterio que anuncia, justamente, un camino que se tuerce. La guerrilla estaba todavía a tres años de hacerse con el poder, pero iba bien encaminada. Quizás Argüello supo entenderlo y, precavido, decidió mandar un mensaje amistoso. De nada le sirvió. Ya en el poder, el sandinismo expropió sus propiedades y cuentas de banco como represalia por haber desfilado con la Guardia Nacional, a mayor gloria de Somoza, en 1975.

Su respuesta fue dramática. En 1983 dejó a su familia en Miami para irse a pelear con Edén Pastora. Fue una experiencia breve, porque descubrió pronto que la Contra y los sandinistas competían en “brutalidad”, pero bastaría para desencantarlos de cualquier militancia... por un rato. Debido a un problema cardíaco, o así lo declaró, abandonó el boxeo en 1986. Llegaron entonces las sombras, ya sin muchos paliativos. Como al personaje que interpreta Anthony Quinn en *Requiem for a Heavyweight*, lo que derrotó a Argüello fue la jubilación. Tenía 34 años, mucho dinero y ningún oficio. En la entrevista con Heller, de ese año, insiste demasiado en su determinación de sobrevivir, en que la vida está llena de posibilidades, en que los abusos con la coca han quedado atrás. Desde luego, esa insistencia oculta una melancolía no ajena al resentimiento. Argüello se despacha con los sandinistas, pero también con la Contra, la corrupción que permea al box, la miseria que inunda a su país: un mundo negro. Habla de crear un sindicato de peleadores, pero también de su amor por los pobres y de meterse a la actuación. Conforme al cliché, intentó volver varias veces al cua-

drilátero. Acabó en la política, y donde menos podría esperarse.

En 2004 el mismo *Caballero del Ring* que había extendido su espíritu de cruzado a las colinas nicaragüenses para defender a su país del comunismo apareció en las boletas como candidato a vicealcalde de Managua por los sandinistas, y no precisamente en el momento más cristalino de su reputación. Lejos estaban los tiempos en que *The Clash* cantaba a la pureza de los arcángeles guerrilleros. Daniel Ortega, acusado de corrupción y abuso de menores, había vuelto al poder no por un halo de santidad renacido, sino por la desesperación del votante, los fracasos de sus antecesores y el dinero venezolano. El ex guerrillero apeló al más querido de los deportistas nicaragüenses, que, no tan sorprendentemente, aceptó su oferta. Ortega necesitaba una dosis de legitimidad popular; Argüello, ocupación y baños de multitud: un poco de luz. Un matrimonio de conveniencia que acabó mal.

En noviembre de 2008 el campeón se hizo con la alcaldía de Managua tras unas muy turbias elecciones. Mordió más de lo que podía masticar. En la calles se multiplicaron los chistes y los insultos por las cuotas de ineficacia y abuso de poder alcanzadas en su administración; los comentaristas se referían cada vez más abiertamente al tonto útil de Ortega, al títere. La presión le dio para aguantar cinco meses: el hombre que años atrás pidió que le “escupieran la cara” si volvía a la política decidió no esperar un nuevo ciclo y se aplicó un castigo mucho más cruel.

Como pago a sus lealtades, el gobierno sandinista decretó tres días de duelo. Más importante, sin duda, le hubiera resultado ver a la multitud que perdonó sus veleidades políticas y siguió a su ataúd por las calles. La jubilación lleva a muchos deportistas a la tribuna política: ahí está el mesianismo populista de Maradona o el desbarrancamiento electoral de Carlos Hermosillo. A diferencia suya, ambos, sin embargo, han sobrevivido a ese escenario. No es difícil entender por qué: la política latinoamericana no es propia de caballeros. —

— JULIO PATÁN